

3 Poemas

■ Joaquín Garrido

Usted o Yo

*Yo no puedo vivir sin ir besando
hasta el fondo la flor
ando de abejas*
Víctor García Robles.

Compañera:

hoy paso frente a
su puerta gris
y no subo las escaleras
por temor a desandar.

Por no sentirme mago

(o alquimista)

con una niña blanca
con mi pelo negro
con sus ojos verdes
con ur. inventarla usted y yo.

No reparo en seguir
de frente,

porque usted suele
sonreírme y hablarme mas que bien,
¡Y LE JURO QUE SOY TAN HOMBRE!

(actorartista),

tanto, que aún teniendo,

La A en el cerebro
la M en la retina
la O en los pulmones
la R en el sexo,

me rasco en las paredes
hasta la sangre
para llenar
el hueco inquebrantado que tocamos.

O más,
buscando la línea nuestra,
—y la de ellos—,
porque somos tan víctimas

y tan culpables
como cualquiera.

No pongo en movimiento
el disco del teléfono,
por no volver
a platicarle del

poeta rojo, en una Isla Negra,

ni vaciarnos
una noche de pleno.
De ser sinceros
hasta el hastío,
de ser libres
hasta el recuento
de muertes

(nuestras),

y de nacimientos

(nuestros),

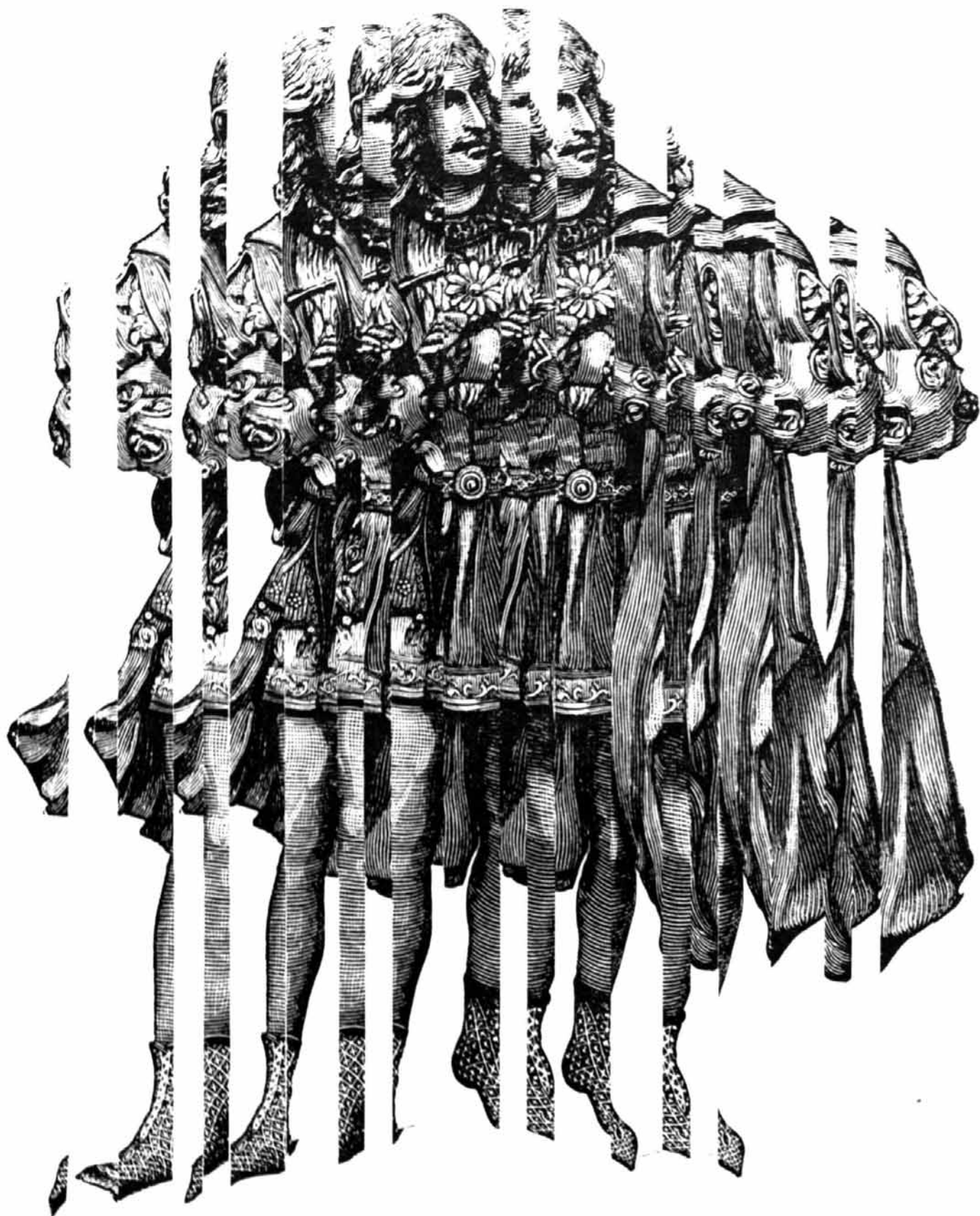
de juntar PIEDRAS DE SOL
a lo pendejo
y tirarlas al vacío.

Carta a mi abuelo muerto

Abuelo Miguel:

nunca lo conocí y tengo su presencia
con las botas altas, sombrero de ala caída,
por el cual fue siempre blanco,
los ojos azules profundamente azules
y lo vertical del fondo.

Fue usted un viejo bonito



muriendo joven
sin tiempo para platicarme
aunque fuera en postal
de Moscú, de Panamá
o del negro del Harlem
en continua audición de jazz.

Pero le guardo un lugar
en mi aprendizaje de palabras,
en la esencia de la sangre
que me heredó Rodolfo
(el que más le guarda).

De usted heredo la estatura,
la reticencia a largos tiempos
en lugares fijos
(lo estrictamente para tomar
lo que a uno corresponde).

El llegar hasta el paladar
de las mujeres
dejando hasta lo último
de nuestro olor
y lo que nunca descubrió
o tuvo egoístamente guardado,
el amar de veras las palabras.

Primavera no es

Hoy me amanecí con ganas
de almorzar de pie,
de comer de pie,
de tomar el último trago de pie.

De permanecer erecto hasta el alba
oliendo la noche a prostituta
sin poder hacerle el amor.
Hoy simple y llanamente no puedo.

Me escabullo entre los tendedores
y mi azotea es insuficiente,
ni lo siamés me vale,
ni las garras construidas con fondo de hambre,
de golpear, noche con noche,
la imagen de senos tiernos
de tu templado vientre mas ondulante.

Como el poema que hubiera
querido escribirte
a las cuatro de la mañana con viento helado,
hediondo y jadeante hasta los huesos,
sentado con mi asumida desnudez
en la ventana de madera
y frente a mí pasaba el sepelio
de nuestro pequeño hueco,
el vientre más profundo todavía agónico.

Y tú en la coja cama de tus diez y ocho años,
me preguntabas porqué
y yo, castradamente inmóvil,
con el habla en las manos
ahogado en mi respiración
llovida en rojo,
me amanecí con ganas
de almorzar de pie,
de comer de pie,
de tomar el último trago de pie.